

Querido Armando: aunque ahora lo sabes con aquella profundidad que tienen los muertos —esa que a nosotros, los que esperamos, nos es negada—, no puedo olvidar que te despedimos en la Fiesta de la Inmaculada Concepción. No puedo creer que el adiós que nos diste y te dimos ese día fue azar, o que tu muerte fue absurda. No hay muerte absurda.

No hay azar cuando un hombre desaparece en la última madrugada, porque todos estamos hechos de madrugadas postreras hasta el alba final. Para los que te quisimos y queremos aún resplandece tu rostro —“tu cara de hostia dominguera”, según tus palabras—, como resplandecen tus versos en estas hojas amarillas, celestes y blancas, que releo con nostalgia y desgarró.

¿Quieres que te recuerde otra vez lo que te dije cuando me entregaste tus primeros versos, ahora que entramos al solsticio de otro verano, y Dios vuelve a nacer, y ya no estás con nosotros?

Al borde de tus veinte años, sabías ya eso que sólo un poeta maduro alcanza: precisión en el empleo de imágenes y adjetivos; sentido innato de estructura; empleo justo de la lengua hablada; visión, entre irónica y humorística, de lo cotidiano; exacto conocimiento de lo que era un verso; nimbo extraño de personas, cosas, animales e insectos. Y ese eterno e innumerable ir a la infancia y regresar de ella, que en eso consiste la poesía, y para eso la entrega Dios. Pensabas que el Paraíso que buscaste —todos lo buscamos— te saldría “realmente caro”, y “cara la cuenta de la luz”, y “cara también el agua”. Y no podrías allá hacer llamadas telefónicas de larga distancia, o te cortarían la comunicación. Te equivocaste. Puesto que buscabas a Dios —“a mí me gustaría estar siempre buscando a Dios”—, lo encontraste. El Paraíso te lo acaba de abrir la



OPINIONES

Carta a Armando Rubio

MIGUEL ARTECHE

Virgen. Y no es caro.

Seguro que estás con los amados perros y las abejas amadas de tus poemas. O con esa maestra a la que de manera tan hermosa cantaste —“del verano regresa la maestra / con sus hijos de folio junto al pecho. / Y tan solar es su mirada / como el pan del mediodía...”—. O con ese largo y perfecto poema para Isadora Duncan. Con ellos. Y no con aquella mosca de tu “Escena cotidiana”, que giraba “entre aromas de zapallo” en torno al almuerzo —a la vida—: esa mosca que volteaba la mesa “para que el hombre muera aplastado”. No. Allí no ha de girar esa mosca.

En el Paraíso te rodearán tus perros familiares y humanos, o esas abejas “solares y panaderas”, “eléctricas” y “luminosas” que aún zumban, como “niñas rubias”, a tu alrededor. Yo las oigo, como tú, zumban en la vida que dejaste a los veinticinco años.

Espero que me escribas. Que nos escribas. Sé que tu respuesta llegará pronto. Tal vez en los vientos nocturnos: cuando solemos oír a nuestros muertos.